

La resurrección de Lázaro (*)

La resurrección de Lázaro, el más grande de los milagros obrados por Jesús, se merecía un relato digno de su magnitud. Afortunadamente este relato existe, trazado por el evangelista San Juan. Es un relato maravilloso, de palpitante dramatismo, movido y luminoso, concreción realista de transcendencias ideales. Es uno de aquellos relatos evangélicos que «mole sua stant», que se sostiene por la solidez de su ingente mole; en que la verdad, la histórica y la teológica, se respira, se siente, se palpa. Refiriéndose a este relato pudo escribir el evangelista: *Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y nuestras manos tocaron, acerca de la Palabra de la vida... esto os anunciamos también a vosotros* (1 Io 1, 1-3). Relatos como éste no los crea ni fantasea el hombre, menos aún un humilde pescador de Galilea. Su única explicación es su realidad y verdad.

Al tener que reproducir tales relatos el historiador y el exegeta se encogen temblorosos. Si no quieren ajarlos y desflorarlos, deberán limitarse a subrayar los rasgos de pormenor y captar los destellos de transcendencia, para hacerlos más asequibles al lector moderno. En un punto singularmente deberán concentrar toda su atención, así el exegeta como el lector: en no perder uno solo de los rasgos que de sí revela Jesús en este hecho. La resurrección de Lázaro lleva en sí la impronta de Jesu-Cristo, hombre y Dios, dualidad de carne y de divinidad, fundida en la unidad viviente de su persona. Tal se manifiesta Jesús: tal debemos nosotros contemplarlo: entrañablemente humano, soberanamente divino.

I. ENFERMEDAD Y MUERTE DE LÁZARO

Había un enfermo, Lázaro de Betania, la aldea de María y Marta, su hermana. Ya por San Lucas conocíamos a María y a Marta, tan

* Capítulo de una Vida de N. S. Jesucristo, próxima a publicarse.

hermanas y tan diferentes. Ahora declara San Juan que la aldea en que vivían era Betania, y que tenían un hermano llamado Lázaro, que ahora estaba enfermo de cuidado. Betania, situada en la vertiente oriental del Monte de los Olivos, distaba de Jerusalén, como luego dirá el evangelista, como unos quince estadios, cerca de dos kilómetros y medio. De María consigna aquí San Juan una nota de identidad, que ha sido diferentemente interpretada: *Era María la que ungió con perfume al Señor y enjugó sus pies con sus propios cabellos, cuyo hermano Lázaro yacía ahora enfermo*. Según unos, anuncia San Juan prolépticamente la unción que referirá más tarde (12,3); según otros, más probablemente a nuestro juicio, recuerda la unción referida antes por San Lucas (7,38)¹.

Enviarán, pues, las hermanas a Jesús un recado, diciendo:

—Señor, mira, el que amas está enfermo.

Modelo de humilde resignación y de amorosa confianza es esta discreta oración. Estas cuatro palabras son cuatro actos o sentimientos de subidísimos quilates espirituales. *Señor*: es un acto de profundo acatamiento. *Mira*: es un ponerse en la presencia del Señor y entrar en contacto con él. *El que amas*, tu amigo: es un regalado recuerdo de la amistad que une a la familia con Jesús. *Está enfermo*: simple declaración del contratiempo que ha sobrevenido al amigo. Nada piden concretamente, todo lo dejan resignadamente en manos del amigo divino. Entendió bien San Agustín esta oración, al glosarla así: «Basta que lo sepas, pues no sabes amar y desamparar» (ML 35, 1749). De esta súplica de las dos hermanas aprendieron los maestros de la vida espiritual la que llaman oración por insinuación (HUGO DE SAN VÍC-

¹ Contra la primera hipótesis de un anuncio proléptico se ofrecen dos reparos considerables. Primeramente, no se explica ni se adivina por qué razón ha de aludir aquí San Juan a un hecho todavía futuro y que él mismo referirá en el capítulo siguiente (12, 3). En cambio, se explica perfectamente que San Juan, que tantas veces muestra el propósito de completar y declarar la narración de los sinópticos, quiera dar aquí el nombre de la pecadora innominada de San Lucas (7, 36-50). El nombre de la pecadora, que por discreción debía callarse hacia el año 60, podía revelarse sin peligro a fines del siglo I. En segundo lugar el aoristo «*la que ungió*» habría de tener sentido proléptico. Ahora bien San Juan usa siempre el aoristo refiriéndose a hechos pasados, nunca refiriéndose a hechos futuros. «*El que vino a él*» (Nicodemo, 7, 50), «*el que aconsejó*» (Caifás, 18, 14), «*el que se recostó*» (el discípulo amado, 21, 20), se refieren a hechos pretéritos; en cambio, hablándose de Judas antes de la traición se dice «*el que le había de entregar*» (6, 71; 12, 4) o «*el que le entregaba*» (18, 2). Estas dificultades, ya propuestas luminosamente por los antiguos exegetas, entre ellos Toledo y Maldonado, no han sido satisfactoriamente solucionadas.

TOR, *De modo orandi*, 3: ML 176, 981. LA PUENTE, *Med. Espir.*, 3, 41, 1).

Jesús, habiendo oído el recado de las dos hermanas, dijo:

—Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios.

Estas palabras, si no son una formal respuesta al recado, díjolas Jesús en presencia de los mensajeros, con la intención de que llegasen a conocimiento de las dos hermanas. Por ellas comienza Jesús a descubrir el pensamiento divino que determina e informa todo lo que va a suceder. La enfermedad de Lázaro ha sido ordenada por Dios, no para que rematase en muerte, sino para la glorificación de Dios y de su Hijo. El proceso providencial de la enfermedad no se concluye con la muerte, sino que tiene como finalidad la gloria de Dios.

La permisión de la enfermedad y de la muerte del amigo no fué efecto de indiferencia o desamor. Tampoco lo será la dilación en arrancar al amigo de las fauces de la muerte. Para prevenir toda torcida interpretación de la actitud de Jesús, nota el evangelista: *Estimaba Jesús a Marta y a su hermana María y a Lázaro*. El amor, como es el móvil de la divina providencia, así era el que determinaba todas las iniciativas de Jesús. Pero este amor no era un impulso ciego o desordenado. Nacido de su amor a Dios, buscaba para el amigo el bien verdadero, que muchas veces va acompañado del dolor. Así se explica que Jesús, *como oyó que Lázaro estaba enfermo, quedóse por entonces dos días aún en el lugar donde se hallaba*. También aquí es certero el comentario de San Agustín: «Dilató el sanar para poder resucitar» (ML 35, 1749). Es frecuente en Dios negar bienes menores para concederlos mayores, acortar los bienes temporales para acrecentar los eternos.

Pasados los dos días, dijo Jesús a los discípulos:

—Vamos a la Judea otra vez.

Dícnle los discípulos:

—Maestro, ahora trataban de apedrearte los judíos, ¿y otra vez vas allá?

Respondió Jesús:

—¿No son doce las horas del día?

Si uno camina de día, no tropieza,
porque ve la luz de este mundo;
mas si uno camina de noche, tropieza,
porque le falta la luz.

Dos grandes verdades nos enseña aquí el Maestro. La primera es que *son doce las horas del día*, es decir, que nada acaece antes del plazo prefijado por Dios, sin cuyo beneplácito no caerá un solo cabello de nuestra cabeza. La segunda es que hemos de caminar con luz, dirigidos por las verdades de la fe, por criterios sobrenaturales. La luz de Dios ha de ser la lámpara de nuestra vida (Mt 6, 22-23; Lc 11, 34-36), como ya cantó el Salmista (Ps 118, 105):

Antorcha para mis pies es tu palabra
y lumbre para mis senderos.

Prototipo de estas dos verdades es el mismo Jesús, que por ellas gobierna todos sus pasos: siempre seguro del amparo de su Padre, siempre iluminado con la luz de Dios.

Es un encanto ver con cuánta naturalidad sabe Jesús pasar de la gravedad magisterial a la jovialidad y tono festivo de una apacible conversación entre amigos. Mientras los discípulos estarían pensando qué significarían aquellas enigmáticas sentencias sobre las doce horas y la luz del día, díceles de pronto Jesús:

—Lázaro, nuestro amigo, se ha dormido, pero voy a despertarle.

Dijéronle, pues, los discípulos:

—Señor, si duerme, sanará.

Jesús había hablado de su muerte, mas ellos pensaban que hablaba del sueño natural. La metáfora del sueño para significar la muerte era diáfana y bastante usual; pero, como de ordinario, los discípulos no se muestran muy linceos en la interpretación del lenguaje figurado. *Entonces, pues, díjoles Jesús abiertamente:*

—Lázaro murió; y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vamos a él.

Recojamos esta interesante declaración. Si Jesús se hallara en Betania, Lázaro no muriera. La curación habría prevenido la muerte. La muerte que en ausencia permitió, en presencia Jesús la habría evitado. ¿Por qué esta diferencia? Descúbrenos Jesús una flaqueza de su Corazón, para que la conozcamos y sepamos sacar partido de ella. Nos da a entender que, de hallarse en Betania, su Corazón no habría podido resistir a la vista del amigo enfermo ni a las lágrimas suplicantes de las dos hermanas. Es un rasgo conmovedor de la ternura de su Corazón. Y es también una lección para saber orar. Si nuestras súplicas son tibias y flojas, mandamos un simple recado al Señor ausente; mas, si avivadas por la fe, son confiadas y fervientes, ponemos a la vista del Señor presente nuestras necesidades y mi-

serias. Y el Señor, que de oídas y en ausencia puede diferir el despacho favorable de nuestras demandas, en presencia y a vista de ojos no sabe ni puede resistirse. Su sensibilidad no sufre ver el mal sin remediarlo. Torpeza nuestra es no saber sacar partido de este flaco de Jesús.

Entendida su resolución de marchar a Betania, *dijo Tomás, el llamado Dídimos* (o Mellizo), *a los condiscípulos:*

—Vayamos también nosotros para morir con él.

¿Fue esto un acto de valentía o un conato ilusorio de sobreponerse al miedo? Sin miedo o con miedo, los discípulos acompañaron a Jesús en su camino a Betania.

Pero más que la valentía o el miedo de los discípulos interesa la calma y seguridad de Jesús ante el enorme compromiso en que le ponía la muerte de Lázaro. Uno que de antemano no conociera a Jesús, con razón se preguntaría asombrado: ¿Este, que por lo visto no ha podido evitar la muerte de su amigo, va allá ahora a exhibir su impotencia? ¿O pretenderá tal vez locamente devolver la vida a un difunto de cuatro días? El caso realmente era desesperado y comprometedor para otro que no fuera Jesús. El ante esta situación ni se apura, ni se previene con la oración, ni toma precauciones: va seguro de sí, tranquilo, jovial. Semejante seguridad no es propia de hombre, ni siquiera de profeta: es algo soberanamente divino. Sólo Dios puede enfrentarse con esta naturalidad y serenidad ante el estupendo milagro de la resurrección de un muerto. Y esta seguridad no abandonará a Jesús un solo momento.

2. PERSPECTIVAS DE RESURRECCIÓN

Sobre el luto de las hermanas pasa rápidamente el evangelista. Se limita a decir: *Venido, pues, Jesús, halló que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Estaba Betania cerca de Jerusalén, como a unos quince estadios. Muchos de los judíos habían venido a Marta y María para darles el pésame por la muerte de su hermano. Pero más que el luto interesa al evangelista, y a nosotros también, el doble coloquio de Jesús con Marta primero y luego con María.*

El diálogo con Marta es de una verdad psicológica asombrosa. *Marta, pues, así que oyó que Jesús llegaba, le fué a encontrar; María, en tanto, quedaba en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús:*

—Señor, si estuvieras aquí, no se muriera mi hermano; no obstante, ahora sé que cuanto pidieras a Dios, Dios te lo otorgará.

Interesa aquilatar el sentido exacto de esta doble declaración, referente al pasado y al futuro. Refiriéndose al pasado, dice: «Si estuvieras aquí, no se muriera mi hermano». Por de pronto, no dice: «Si hubieras venido antes...», lo cual podría notar a Jesús de poca diligencia en venir a tiempo. De todos modos, Marta atribuye la muerte de Lázaro a la ausencia de Jesús. Semejante atribución o conexión puede interpretarse de dos maneras: desfavorable y benigna. En absoluto podría suponer, como había supuesto el funcionario real (Io 4, 47-49), que Jesús sólo en presencia podía curar al enfermo. No parece, con todo, que la fe de Marta fuera entonces tan menguada. Más bien quiso expresar lo mismo que poco antes había dicho Jesús a los discípulos: «Me alegro por vosotros de no haber estado allí...», en el sentido anteriormente declarado. Refiriéndose al futuro, añade Marta: «Sé que cuanto pidieres a Dios, Dios te lo otorgará.» La fe de Marta era a la vez ilimitada y corta. Creía que Jesús lo podía todo, mas sólo por medio de la oración. A pesar de esta cortedad, en estas palabras, expresión espontánea y sincera de sus sentimientos, prevé Marta como sucedera la resurrección de Lázaro. Para ello basta que Jesús la pida a Dios, para que la posibilidad se trueque en realidad. Tal es la fe de Marta: aunque corta, es firme y segura; segura, con todo, mientras se cierne en la región ideal de las posibilidades. Muy pronto, al ponerse en contacto con las realidades existenciales de la vida, la firmeza se enflaquecerá y titubeará. Es la flaqueza congénita del pobre corazón humano. Respondiendo a esta doble declaración de Marta, Jesús se limitó a decir:

—Resucitará tu hermano.

En sí las mismas palabras de Jesús podían parecer ambiguas. Tanto podían referirse a la resurrección final como a una resurrección inmediata de Lázaro. Con todo, después de la discreta alusión de Marta a una pronta resurrección, la afirmación de Jesús era inequívoca. Por lo demás, no hablaba Jesús con un saduceo, para afirmar con tanta aseveración la resurrección escatológica. En este supuesto, merece notarse que Marta, hablando hipotéticamente, había previsto una inmediata resurrección; Jesús, en cambio, responde absoluta o categóricamente, purificando, por así decir, la condición sugerida por Marta. La conclusión lógica debía ser la consolidación de la fe inicial. Sin embargo, no fué así. Al pisar el terreno de la realidad, la fe de Marta flaqueó. A la seguridad dada por Jesús respondió ella con cierto aire de escepticismo:

—Sé que resucitará cuando la resurrección universal el último día ².

Quiso decir: «Allá al fin de los siglos bien sé que resucitará; pero entre tanto se está pudriendo en el sepulcro.» Del fondo turbio del corazón se han levantado espesas nieblas, que han entenebrecido la fe espontánea del principio. Jesús, disimulando esas flaquezas humanas y elevándose a las alturas divinas, va a hacer magníficas declaraciones, que son como el pensamiento o *diánoia* del gran milagro que piensa obrar. Dijo a Marta:

—Yo soy la resurrección y la vida;
quien cree en mí
aun cuando muera, vivirá;
y todo el que vive y cree en mí,
no morirá para siempre.
¿Crees esto?

Jesús es la *resurrección*, es decir, el agente y el principio de la resurrección universal. Marta había insinuado tímidamente que por la demanda de Jesús podría realizarse la esperanza de una resurrección. Jesús responde divinamente: La resurrección que barruntas no será simple resultado de mi súplica: la resurrección soy yo. Y si yo soy la resurrección, lo mismo puedo serlo ahora que allá al fin de los tiempos.

Será consolador ahondar en el misterio de esta resurrección obrada por Jesús y que es el mismo Jesús. Dice la Sabiduría de Salomón (2, 23-24):

² Estas palabras de Marta pueden interpretarse de dos maneras muy diferentes: o como expresión sentimental espontánea de inseguridad o desconfianza, o como artificio diplomático para sonsacar a Jesús una respuesta más clara y explícita. En este segundo sentido las entienden Maldonado y otros. Semejante diplomacia es posible y muy propia del carácter judío; pero en el caso presente, además de no tener apoyo positivo en el contexto, deduce del estado actual afectivo de Marta. Por lo demás, Marta en San Lucas (10, 40) se muestra más impulsiva o brusca que diplomática. En cambio, la desconfianza es la misma que muestra poco después, cuando, al decir Jesús: «Quitad la piedra», salta al punto Marta con el reparo: «Señor, ya huele mal...»: desconfianza que mereció la reprensión de Jesús: «¿No te dije que, si creyeres, verás la gloria de Dios?» Con todo, esta desconfianza no es absolutamente incompatible con cierta diplomacia instintiva, no fría y calculada, en querer sondear el pensamiento de Jesús sobre la futura resurrección de Lázaro. ¡Son tantos los recovecos y artimañas del corazón humano! Pero siempre el sentimiento básico o predominante será la duda o desconfianza.

Dios creó al hombre para la inmortalidad,
y lo hizo imagen de su propia eternidad;
mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo.

Y San Pablo exclama (Rom 5, 12):

Por un hombre entró el pecado en el mundo,
y por el pecado la muerte;
y así a todos los hombres alcanzó la muerte,
por cuanto todos pecaron.

Todos tienen que decir, como la mujer de Tecua al rey David:
Morimos sin remedio, y somos como aguas derramadas en tierra
(2 Sam 14, 14); y exclamar con el Eclesiástico (41; 1):

¡Oh muerte! ¡Cuán amargo es tu recuerdo
para el hombre que goza en paz de sus riquezas!

Mas afortunadamente, como escribe San Juan (1 Io 3, 8):

Para esto se manifestó el Hijo de Dios
para destruir las obras del diablo.

Que es lo que escribe el Apóstol a los Hebreos (2, 14-15):

Pues los hijos participaban de la sangre y de la carne,
también él igualmente participó de las mismas,
para destruir por medio de la muerte
al que tenía el señorío de la muerte, esto es, al diablo,
y libertar a cuantos con el miedo de la muerte
estaban durante toda su vida sujetos a esclavitud.

El resultado será, como enseña el mismo San Pablo (1 Cor
15, 21-22):

Que ya que por un hombre vino la muerte,
por un hombre también la resurrección de los muertos.
Porque como en Adán mueren todos,
así también en Cristo serán todos vivificados.

Y la muerte no existirá ya más (Apoc 21, 4). Y, como añade el
Apóstol (1 Cor 15, 54-55):

Entonces se realizará la palabra que está escrita:
 Sumióse la muerte en la victoria (Is 25, 8).
 ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria?
 ¿Dónde, ¡oh muerte!, tu aguijón? (Os 13, 14).

Revocada la sentencia de muerte fulminada contra el hombre en el Edén (Gen 2, 16; 3, 19), se restablecerá el plan primordial de Dios. La muerte, perdida su perpetuidad y perentoriedad irrevocable, será un sueño pasajero, un eclipse momentáneo.

Jesús es también *la vida*; y precisamente por ser la vida, es la resurrección. «Ideo resurrectio, quia vita», como dice San Agustín (ML 35, 1753). Combinando ambas donominaciones, escribe San Pablo: *El destruyó la muerte e irradió la luz de vida y de inmortalidad* (2 Tim 1, 10). La obra de Cristo no fué negativa o puramente natural, cual pudiera haber sido la resurrección; fué positiva y sobrenatural, cual es la vida divina que comunicó al hombre, misteriosa transfusión de la vida misma de Dios. Tal es el sentido plenario de la «vida» en San Juan.

*En el Verbo había vida,
 y la vida era la luz de los hombres (Io 1, 4).
 Y la vida se manifestó (1 Io 1, 2).*

Dios nos dió vida eterna,
 y esta vida está en su Hijo.
 Quien tiene al Hijo, tiene la vida;
 quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida (1 Io 5, 11-12).
 Este es el Verdadero,
 Dios y vida eterna (1 Io 5, 20).

El mismo Jesús había dicho:

Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica,
 así también el Hijo a los que quiere vivifica (Io 5, 21).
 Porque como el Padre tiene vida en sí mismo,
 así también dió al Hijo tener vida en sí mismo (Io 5, 26).
 Como vive el Padre, que me envió,
 y yo vivo del Padre:
 así quien me come a mí,
 también él vivirá de mí (Io 6, 58).

Con esta vida de Cristo palpitaba el corazón de San Pablo, en quien son frecuentes expresiones como éstas:

Si morimos con Cristo,
 creemos que también viviremos con él...
 vivos para Dios en Cristo Jesús...
 como muertos retornados a la vida (Rom 6, 8, 13),
 Vivo... ya no yo, sino Cristo vive en mí (Gal. 2, 20).
 Estando nosotros muertos por los pecados,
 nos vivificó Dios con la vida de Cristo (Eph 2, 5).
 Para mí el vivir es Cristo (Phil 1, 21).
 Cuando se manifestare Cristo, vida vuestra,
 seréis con él manifestados en gloria (Col 2, 4).

A la doble afirmación añade Jesús una doble explicación. Soy, dice, *la resurrección*, porque *quien cree en mí, aun cuando muera, vivirá*; soy *la vida*, porque *todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre*. La doble correspondencia de la explicación con la afirmación podría tal vez expresarse más clara en estos términos:

Yo soy la resurrección de los muertos,
 porque los muertos creyentes revivirán.
 Yo soy la vida de los que creen en mí,
 porque los vivos creyentes vivirán eternamente.

Que es decir: Por mí de la muerte se pasa a la vida, mas de la vida no se retrocede a la muerte.

¿Y qué quiso decir Jesús al afirmar «Yo soy la *vida*»? Porque parece que habla ora de la vida natural, ora de la sobrenatural; ya de la vida de los cuerpos resucitados, ya de la de las almas glorificadas. Hay en esto, al parecer, cierta ambigüedad o alternancia, cuya gracia y elegancia pondera Maldonado (II, 26). Tal vez sería más propio y exacto decir que Jesús con la palabra «*vida*» quiso comprender todo lo que realmente es vida: la del cuerpo y la del alma, la natural y la sobrenatural, es decir, la vida en su plenitud integral. Así también enfoca San Pablo la vida (Rom 6, 1-14).

Concluye Jesús su declaración con una apremiante pregunta, con que compele a Marta a que, desechada toda vacilación, reavive su fe: *¿Crees esto?* Aguijada por esta pregunta, respondió Marta:

—Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que viene al mundo.

¡Hermosa profesión de fe, comparable a las de Natanael (Io 1, 49) y de Simón Pedro! (Mt 16, 16; Io 6, 69-70). Concentrando todas las energías de su espíritu, exclamó briosamente: «Sí, Señor, yo creo.» Y el objeto de esta fe era el señorío de Jesús, su mesianidad, su filiación divina, su misión redentora. Marta hizo cuanto supo y pudo. Y esta buena voluntad hubo de ser muy grata a Jesús. Marta se había remontado a la región de los principios y de la pura verdad; en estas alturas su fe era intachable, tan leal como intensa. Sin embargo, todos sus bríos fueron un esfuerzo de flaqueza, como pronto lo van a demostrar los hechos. Cuando otra vez ponga los pies en la cruda realidad, sentirá que le flaquean. Mas lo que ahora no ha logrado todavía la palabra de Jesús, lo logrará el milagro y la secreta acción del Espíritu Santo.

Al coloquio con Marta siguió el coloquio con María.

Satisfecha, sin duda, de su generosa profesión de fe, y con la anuencia de Jesús, Marta entró otra vez en la aldea y se fue derecha a su casa. Allí, o cumpliendo las órdenes del Maestro, no consignadas por el evangelista, o tal vez interpretando su pensamiento, llamó aparte a su hermana María y en voz baja, que nadie más oyó, le dijo:

—El Maestro está aquí en las afueras y te llama.

Ella, que esto oyó, se levanta al instante y, sin decir palabra a nadie, se va a donde estaba Jesús. Con gusto dejaría la compañía de los que tal vez por mero cumplimiento habían venido a darle el pésame, atraída por la invitación del amado Maestro. Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino se hallaba aún en el sitio donde Marta le había encontrado. Los judíos, pues, que con ella estaban en la casa y la consolaban, viendo que María se levantó de presto y salió, siguieron tras ella, pensando que se iba al sepulcro para llorar allí. Fué providencial la presencia de estos numerosos testigos del gran milagro que iba a realizarse. *María, pues, como vino a donde estaba Jesús, en viéndole, se le echó a los pies.* Esta singular actitud de rendido acatamiento es la misma que antes había tomado la innominada pecadora (Lc 7, 38) y la que luego tomará María Magdalena (Io 20, 17)—actitud que no se dice tomase Marta ni antes (Lc 10, 38-42) ni ahora (Io 11, 20)—: ¿será esto un indicio de que era una misma la pecadora, la Magdalena y la hermana de Lázaro? Así echada a sus pies, dijo María a Jesús:

—Señor, si estuvieras aquí, no se me muriera el hermano.

Y no dijo más, tal vez entrecortada por los sollozos. Sus palabras, casi idénticas a las de su hermana, se diferencian de ellas por un delicado matiz, más sentimental en María que en Marta. Esta dijo:

«no se muriera *mi* hermano»; María dice: «no se *me* muriera el hermano». De todos modos, la identidad sustancial de la expresión muestra ser un eco de lo que tantas veces habrían ambas repetido durante la ausencia del Maestro: «Si Jesús estuviera aquí...!» Lo que acaecerá a continuación da plena razón a las dos hermanas. La presencia de Jesús habría estorbado la muerte de Lázaro.

Jesús, pues, como la vió llorar, y que lloraban también los judíos que con ella habían venido, se estremeció en su espíritu y se conturbó. Y dijo:

—¿Dónde le habéis puesto?

Dícenle:

—Señor, ven y lo verás.

Lloró Jesús.

Estremecimientos, turbación, lágrimas: caso único en la vida de Jesús, fuera de su pasión y muerte. El Hijo de Dios, por primera vez, pierde la serenidad, aquella calma imperturbable que nunca le había abandonado. ¡Misterios de divina flaqueza! ¿Era posible semejante desfallecimiento en quien era *la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios?* (1 Cor 1, 24). Y si era posible, ¿cómo se realizó? Nos hallamos ante el insondable misterio, psicológico no menos que metafísico, de la unión personal de Dios con la naturaleza humana. El que era verdadero Dios era al mismo tiempo hombre verdadero, *probado en todo a semejanza nuestra, excluido el pecado* (Hebr 4, 15). De la misteriosa psicología de Jesús, tan semejante y a la vez tan diferente de la nuestra, dos cosas sabemos con entera certeza: que su corazón era asequible a todo sentimiento humano que no fuera desordenado; y que estos sentimientos, si bien naturales y espontáneos, eran en él voluntarios, controlados y regidos por su libre voluntad. En este caso libremente permitió que las lágrimas de María y de los demás circunstantes le contagiasen.

Las lágrimas de Jesús provocaron opuestos comentarios. Algunos de los judíos allí presentes, favorablemente impresionados, decían:

—Mira cómo le quería.

Algunos más maliciosamente replicaban:

—Pues si tanto le quería, ¿no podía éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que también Lázaro no muriese?

A estos comentarios va a contestar Jesús no con palabras, sino con hechos. El ambiente estaba cargado: el milagro lo va a despejar pronto.

3. EL MUERTO RESUCITADO

Las cuevas sepulcrales de los judíos eran de dos tipos diferentes. Más generalmente se excavaban lateralmente en la roca que se levantaba. Tal había de ser el sepulcro de Jesús. Otras veces, cuando el terreno rocoso era llano, se excavaban hacia abajo. Unas gradas practicadas a la entrada daban acceso a la cavidad inferior, en que se depositaba el cadáver. Tal parece haber sido el sepulcro de Lázaro, que, como dice el evangelista, *era una cueva, sobre la cual había puesta una losa*.

Jesús, pues, estremeciéndose otra vez en su interior, se dirigió al sepulcro. Siguiéronle todos. Así que llegó, dijo inesperadamente:

—Quitad la losa del sepulcro.

Marta, al oír esta orden terminante, alarmada, dijo precipitadamente:

—Señor, ya huele mal, que es muerto de cuatro días.

Respiraba por la llaga. Al venir a las inmediatas, aquellos alardes de su fe se esfumaron. Justamente la reprendió Jesús:

—¿No te dije que, si creyeres, verás la gloria de Dios?

Y pudiera haber agregado: ¿Qué es de aquella fe que hace un momento tan gallardamente declarabas?

Calló Marta, avergonzada de su desconfianza y de su indiscreción. Entre tanto, algunos de los presentes, quizás de los discípulos que acompañaban a Jesús, cumpliendo sus órdenes, *levantaron la losa* que cubría la entrada del sepulcro.

Adelantóse Jesús hacia el sepulcro. Las miradas de todos estaban ansiosamente clavadas en él. La expectación era vivísima. El corazón de las dos hermanas palpitaba violentamente. De pie, frente al sepulcro abierto, *Jesús alzó sus hermosos ojos al cielo*, como tomando la actitud de quien va a orar. Habían cesado sus estremecimientos, su turbación se había calmado, sus lágrimas se habían secado. El Hijo de Dios había recobrado su divina serenidad. Así, alzados los ojos al cielo, con la amorosa confianza del Hijo que habla a su Padre, dijo en alta voz que todos oyeron:

—Padre, gracias te doy porque me oíste.

Yo bien sabía que siempre me oyes;

mas lo dije por la muchedumbre que me rodea,

a fin de que crean que tú me enviaste.

Dignidad y mesura, solemnidad y sencillez, seguridad sin miedos y sin alardes, son el sello que acredita la autenticidad y la verdad

de estas palabras. La última expresión: «a fin de que crean que tú me enviaste», era un reto lanzado a los judíos incrédulos allí presentes, que sobreexcitó su atención. Tras un momento de silencio impresionante, Jesús, cual si llamase al amigo lejano, *clamó con voz poderosa*—grito sublime:

—Lázaro, ven afuera.

Un escalofrío espeluznante estremeció a todos los presentes. Fijos los ojos en la entrada del sepulcro, vieron con mudo espanto cómo *salía el difunto* y cómo lentamente avanzaba hacia ellos, *fajado aún de pies y manos, envuelto el rostro en su fúnebre sudario*. El miedo de ver acercarse aquel espectro de ultratumba los dejó petrificados. Algunos, tal vez, fuera de sí, creerían estar viendo visiones. Jesús, el único que conservaba la serenidad, para sacarlos de aquel enajenamiento y volverlos a la realidad, les dijo imperativamente:

—Desatadle, y dejadle andar.

Correrían muchos a la vez, no tanto para desatar a Lázaro, cuanto para cerciorarse con sus manos de la verdad de lo que veían y no acababan de creer.

Lo que después pasó lo calla el evangelista. Su silencio, si defrauda nuestra curiosidad, es una garantía de objetividad y de verdad. ¡Las ponderaciones* que pudiera haber hecho, si tuviera pretensiones de apologeta o de literato...! Pero su narración, escueta, seca, casi fría, es ahora para nosotros más preciosa que todas las retóricas posibles. Imitando esta discreta sobriedad, no nos detendremos en describir aquella escena de lágrimas jubilosas, aquellos abrazos y parabienes, la emoción de Lázaro, las excusas de Marta, la consolación desbordante de María, el gozo de los discípulos, el asombro de todos. A otro punto llama nuestra atención el evangelista: a los judíos allí presentes y al contrario efecto que causó en ellos el milagro de Jesús: de fe en muchos, sinceros; de empedernimiento en algunos desechados³. *Muchos, pues, de los judíos que habían venido a casa*

³ La interpretación que adoptamos en el texto no es del todo segura. El pasaje evangélico, literalmente traducido, suena: *Muchos, pues, de entre los judíos, los que habían venido a María y contemplado lo que hizo (Jesús), creyeron en él; mas algunos de entre ellos marcharon a los fariseos y les dijeron lo que hizo Jesús*. Existen tres interpretaciones diferentes. Primera: los que *creyeron* fueron todos los que *habían venido*, que eran *muchos*; consiguientemente, los que *marcharon a los fariseos*, que eran *algunos de entre ellos*, procedieron con buena intención. El fundamento de esta interpretación es el artículo (*los que...*). Segunda: es idéntica a la primera, menos en la interpretación de la frase *entre ellos*; que entiende, no *entre*

de María, viendo lo que hizo creyeron en él. Algunos, empero, de entre ellos se fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho.

La importancia del milagro reclama alguna reflexión. Dos aspectos interesan sobre todo: su verdad histórica y su significación teológica.

La verdad histórica del relato salta a la vista, si se lee atenta e imparcialmente. Pero donde con mayor evidencia resalta esta verdad es en la minuciosidad de los pormenores y en la propiedad de los caracteres.

En cuanto a los pormenores, llama luego la atención su gran profusión y variedad. Los hay topográficos, cronológicos, folklóricos, psicológicos. Unos se refieren a los lugares y distancias, otros al tiempo y a los días, otros a las costumbres, cuales son la sepultura, la mortaja, el luto... Son además rasgos precisos y exactos, llenos de vida y colorido; dados ocasionalmente, sin pretensiones literarias ni prurito descriptivo. Semejantes pormenores prueban dos cosas. Primera: delatan la mano de un testigo presencial, perfecto conocedor de lo que narra. Segunda: comprueban el carácter histórico, no contemplativo o especulativo, del relato. Contrasta con este derroche de pormenores la ausencia de disquisiciones metafísicas, y más aún la notable parquedad en la descripción del hecho principal: la resurrección del difunto; la cual se sensibiliza con dos rasgos rápidos y realistas: uno acústico, el grito de Jesús; otro óptico, la salida del difunto amortajado.

Los caracteres de los personajes que intervienen son muy variados, cada uno coherente consigo mismo. El más interesante es el de Jesús, tan hondamente humano, tan soberanamente sobrehumano; tan constante en medio de las diferentes actitudes, que van variando por momentos; tan sentimental y tan dueño de sí; tan serio y a la

los judíos que habían venido, sino de los judíos en general, es decir, de otros judíos. La tercera, considerando como insignificante el artículo, entiende que de los muchos que habían venido, no todos creyeron, antes algunos de entre ellos marcharon a los fariseos y les dijeron con perversa intención lo que hizo Jesús. Esta tercera interpretación parece preferible. La precisión filológica del artículo no es decisiva en San Juan y ofrece varios reparos considerables. Porque esos algunos o son del grupo de los que habían venido o son otros judíos. Si son de los que habían venido (1.ª interpretación), habrían de haber notificado el milagro con benevolencia, lo cual parece contrario al contexto. Que sean otros judíos (2.ª interpretación), parece una evasiva infundada. Estos reparos pesan más, tratándose de San Juan, que una imprecisión gramatical.

vez tan jovial y hasta bromista; tan superior y tan llano... Los rasgos característicos de María y de Marta coinciden exactamente con los que conocemos por San Lucas. María es más sosegada y sentimental; Marta, más movida y despachada. Ya antes hemos notado en Marta la profunda verdad humana de su fe, tan valiente y tan flaca a un mismo tiempo. Es curiosa la pasividad de Lázaro, a pesar de ser como el protagonista del milagro. Los discípulos y los judíos aparecen cuales los conocemos por los Sinópticos. Y estos caracteres se revelan por los hechos, sin que el evangelista apele a epítetos calificativos.

Otro indicio de historicidad hemos señalado anteriormente: el tono de objetividad y sinceridad que se observa constantemente en el relato. El evangelista nunca califica las personas ni los hechos.

La significación o transcendencia teológica es doble: propia (o directa) y simbólica.

La significación propia es la manifestación de la gloria de Dios. Dos veces la expresa Jesús. Al recibir la noticia de la enfermedad de Lázaro, dijo: *Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios.* Al reprender la indiscreción de Marta, le dijo: *Verás la gloria de Dios.* Gloria de Dios es la resurrección de un difunto, obra exclusiva de la divina omnipotencia. Y es también gloria del Hijo por doble motivo: por cuanto el milagro es un atestado de su divina misión y por cuanto el modo de obrarlo con poderes de soberanía (*in potentia maiestatis*) es ostentación de divinidad.

A la significación propia se asocia la simbólica. La resurrección de Lázaro es símbolo de la vivificación sobrenatural de toda la humanidad, operada por Jesús, que es personalmente *la resurrección y la vida*. Claramente ha expresado este simbolismo el mismo Jesús en su diálogo con Marta.

Historicidad y simbolismo: son dos propiedades antitéticas que, sin embargo, se acoplan y compenetran en todo el Cuarto Evangelio y singularmente en el relato de la resurrección de Lázaro: obra maestra de realismo y de idealismo, de verdad histórica y de altísima transcendencia teológica.

JOSÉ M. BOVER, S. J.